

## EL CAPITALISMO FUNERAL

Hace más de dos siglos, Malthus y Ricardo creían haber demostrado que la sociedad, abandonada a sí misma, acabaría convirtiéndose en una especie de infierno en el que los hombres se limitarían simplemente a subsistir.

No es de extrañar, pues, que los reformadores se dijese: si esto es así, nosotros lucharemos contra las tendencias naturales de la sociedad. Si abandonándonos a la corriente vamos a encallar entre las rocas, nadaremos contra la corriente; razón por la cual socialistas utópicos como Owen, Fourier o Saint-Simon renunciaron a la firme creencia en la rectitud esencial del mundo en que vivían y no aceptaron las ideas de Adam Smith. Las ideas del *laissez faire, laissez passer* que, contra el pesimismo de sus antecesoras, sostenían que, como en la física newtoniana, la mano de Dios dispondría un orden interno en el mundo que armonizaría las acciones de los hombres. La muerte de Dios, como se ve, ha acarreado también importantes consecuencias financieras.

Y las explicaciones económicas son poca cosa para abarcar la hipermasa de la catástrofe. El mundo negro, infinitas veces mayor que el censado, aplastaría la existencia del nuestro con apenas la aproximación de su sombra. El espacio, el tiempo, el dinero, la liquidez, el capitalismo, la riqueza, la pobreza, el hambre, la avaricia, los apalancamientos, el sexo, las hipotecas *sub-prime* constituyen, a su lado, un ínfimo polvo sideral o ya unas cenizas donde se confunde el bien y el mal: Keynes, Smith, Friedman, Marx, Obama, Krugman, Madoff, Bernanke, Geithner o Trichet.

La incalculabilidad o su pavor constituyen significativas cualidades del mal. El mal crea pavor en coherencia con su alma desmedida y, de este modo, el Mal no se sacia, engulle infinidad de víctimas y billones de euros, se extiende sin coto, alcanza con su destrucción la máxima devastación del conocimiento y su consecuente aplicación. El mal avanza sin fin o acaso, en algunas circunstancias, persigue una suerte de nulidad óptima, un punto de gran calamidad en cuya cima se complace. Dónde se halla ese lugar y su entorno es un arcano. Un espacio imprevisible, indescriptible e ignorado. Espacio aciago y semejante al que pertenece la actual crisis financiera de la que se ignora prácticamente casi todo y cuya potencia actúa como el mal puro.

El mal sin paliativos. El mal sin diferencia de regiones, clases y credos, animales, teatros o sexos. Todo se halla en crisis. O más aún: toda la realidad es igual a la crisis. Siendo la crisis un incalculable enigma, tal como correspondería a la fuerza genuina de lo

mágico, la pérdida del sistema racional, el desplome de las referencias, los seguros, los bancos, la quema del capital. Y, a la vez, del trabajo, el comercio, el consumo, el préstamo, la ilusión. La rauda desacreditación total.

Un aspecto propio de nuestro tiempo y su cultura de consumo es que los hechos y los conceptos están perdiendo su principio y su fin. Ocultan por un lado su causa y por el otro su finalidad. Son acontecimientos puros. Fenómenos que se nos echan encima como animales atrabiliarios, para herirnos o matarnos, sin justicia y sin provecho.

Desde la sangría terrorista hasta la sequía, desde el sida al furor de los incendios, desde el brote de guerras purulentas al tsunami. Todo tiene la extraña apariencia de pertenecer al accidente o la Fatalidad. Sólo el principio del mal las legitima mientras a su lado humea la sangre. Cualquier pretensión, como en otros tiempos, de otorgar a los sucesos una compostura causal tiende a rendirse en el balbuceo y el fracaso.

La fatalidad es altiva y no responde. Tiene su ancha mano izada y su sombra nos rodea. El fin de los principios, el fin de la finalidad: emergencia invasora de la «emergencia».

Ciertamente algo tan extraordinario como hermoso de esta crisis es su personalidad incalculable. La crisis parece gigantesca pero sin tasa posible. Su incalculabilidad forma parte de su identidad. Sin cifras aproximadas hacia adelante o hacia atrás, sin límite a

su profundidad ni extensión, ni cálculo de su duración, su volumen o su densidad.

La economía contemporánea parece haberse convertido en un espectáculo autónomo y liberado de razón. Un espectáculo de capitales, mercancías o seres vivos, colosales fusiones y billones de dólares. El mayor espectáculo del mundo que opera hoy emancipado de cualquier regla externa, fascinado por su propia contorsión.

Por todas partes, desde Letonia a Irlanda, desde Hungría a China, el mundo se torsiona como un organismo que muestra el costado de una enfermedad fatal, como corresponde al categórico espectáculo de lo natural, sin racionalidad alguna.

Los despidos ascienden a decenas de miles en una sola corporación, provienen de empresas que ni siquiera registran pérdidas, o proceden, en la marejada, de sociedades que acaban de ganar más, pero el despido crece como por sí mismo. Enormes hogueras de desempleados cuyas quejas apenas llegan a través de los desfallecidos sindicatos, piras de trabajadores de todas las edades que se acumulan en el paro como montañas de animales infectados y tratados como cuerpos tóxicos también. La economía –absoluta, desnuda de trabas sociales, morales y políticas– celebra la bacanal de su consagración, la fatalidad de su poder.

Los analistas profesionales, las autoridades internacionales, los premios Nobel van afirmando, día tras día, que la crisis económica reviste una gravedad mayor, cada vez más grande. Muy superior a lo que se había estimado unas semanas o incluso unas horas antes,

y muchos recurren a la temible alegoría del iceberg que todavía queda por ver.

Abajo, en el fondo invisible aún, se habrían acumulado una bolsa explosiva o unos pesados fardos de podredumbre capaces de deteriorar el sistema por un tiempo imposible de precisar. Las estimaciones no se arriesgan a fuerza de fracasar. Ni hablan con claridad de las causas ni calibran con precisión las consecuencias. Un ancho enigma planea sobre la superficie de la economía mientras los medios de comunicación desgranán, en cada edición, noticias aciagas. Unas veces se trata del número de parados, otras del descenso en las ventas y la inversión, a menudo aluden al descenso en los índices de confianza y, últimamente, resaltan los crecientes impagados, el incremento de morosidad en bancos y empresas, y el regreso por todas partes de «el hombre del frac».

El público se agolpa para recibir explicaciones de las autoridades, pero los más capacitados a su vez vacilan, se refutan entre sí y peroran largamente hasta caer exhaustos. Preferible, ante este lamentable espectáculo de la razón, abandonarse al imponente imperio de lo fatal. La época está en sus manos. No existe una ciencia más precisa que la amenaza. Y nada más sólido que el miedo.

El mundo ha venido tomando una deriva acaso tan simbólicamente próxima al apocalipsis de Marx que sus escritos adquieren provisionalmente el carácter de letras evangélicas, propicias para la exégesis, la conmemoración, la revulsión o la fe.

¿El destino fatal del capitalismo será en suma el

comunismo como hace un siglo, entre socialistas utópicos y científicos, se llegaba a creer? El sistema alumbraría un nuevo mundo mediante una revolución donde la clase obrera ejercería de partera. O lo que podría ser finalmente lo mismo: la clase capitalista misma, irremediable explotadora, llegaría, en su máximo delirio, a la autoexplotación, hasta convertirse en el terrorista suicida de su acumulación masiva como hace sentir que el 90% de la riqueza mundial haya llegado a concentrarse en el 1% de sus habitantes.

Las quiebras de empresas y bancos, el desplome de las bolsas y las divisas, tendrían como actores terroristas a los capitalistas. El sistema estallaría así en pedazos no como efecto de los sabotajes de la pobre vanguardia obrera, sino como la obra suprema del gran capital. El capital se come al capital hasta dejar sin fluido a las fuentes del capital. El sistema se seca como un cuerpo viejo que perdiendo flexibilidad y liquidez se transforma en una suma de sarmientos y hojarasca propensos a la pira sacrificial. La hoguera de las vanidades o la vanidad del fuego en la orgía del capital. El sistema se quema por el sobrecalentamiento de la superespeculación, el sistema se hace de este modo oscuro espejo de sí mismo y desaparece en la redundancia de una especularidad sin reflejo, el agujero negro de su cremación.

Su mal fatal vendría así inscrito en la quiebra anterior del comunismo y su ruina actual no sería sino el cumplimiento de la maldición de su antagonista. La muerte de su oponente arrastraría su propia muerte, puesto que en toda relación de polos opuestos uno a

otro se proporcionan la razón de su vida y la energía de su porvenir.

En consecuencia, la desaparición del otro, la ausencia de la alternativa, crea un abismo de realidad. El mundo, convertido ya en un absoluto capitalista, se desploma por falta de alteridad, el sistema, en fin, se anula en la desolación de la unicidad. Lo mismo que ocurrió con la vitalidad de Dios cuando desapareció la energía, el pecado, o lo mismo que ahora significa el regreso de Dios como un gigantesco parámetro en este espacio fantasmal donde la crisis se representa como un pecado de avaricia universal.

Ignominia y pecado mundano que se corresponden con la necesidad de un correctivo divino. Un Pecado del capitalismo materialista y el consumo trasgresor ante el cual Marx llega con Dios cogido del brazo. Uno y otro se reencarnan como dos caras del mismo personaje, ente gemelo que habiendo pronosticado, cada cual por su cuenta, el fin de la lujuria explotadora y el advenimiento de la revolución o la redención, proclamaban a la vez la inexorable transformación expiatoria para acceder a un mundo bueno. Uno y otro, Dios y Marx, Marx y Dios son hoy, contra todos los expedientes, los grandes referentes de Verdad. La Verdad que regresa convertida en *Gran Revival* y en contra del mundo fundado en la mentira, lo falso y la *second life*.

Vuelve la Verdad revestida de plaga, la Verdad justiciera revestida de suspensiones de pago, la Verdad de la catástrofe cortando cabezas, sueldos y fortunas. La Dolorosa Purificación regresa como en los tiempos de la fe. La fe religiosa o la fe revolucionaria que apilan

ahora sus dogmas sobre los males de la especie humana y su pálpito de transformación.

Un carácter tan exasperante como significativo de esta crisis ha sido su tremenda resistencia mineral. Los múltiples y millonarios intentos de las autoridades basados en la inyección, la extracción de activos tóxicos o en conatos para desatascar su engranaje se revelaron vanos no ya por impertinentes respecto al organismo, sino por incapaces para penetrar en su interior. El caparazón del problema es el problema, en la dureza de la superficie se advierte su petrificado poder.

Aunque acaso no sea la superficie acorazada la que neutraliza toda acción sino acaso la oquedad, su agujero cada vez más hondo, en cuyo insondable seno se pierden los billones de dólares que tratan de saciar su boca, sumidero o boca muerta en que se ha convertido la herida del capitalismo de ficción.

¿Nacionalización total? La nacionalización de bancos o empresas no es inédita en la historia del capitalismo y en pro del capitalismo. Fue común cuando, tras la Segunda Guerra Mundial, la socialdemocracia nació como un cortafuegos al comunismo y como componente del Estado del bienestar.

Estado del bienestar frente al Estado de los soviets, pensiones, prestaciones de desempleo, sanidad y educación públicas, al compás de las reformas que se implantaban en el dorado espacio del comunismo.

Sin embargo, ¿cómo nacionalizar ahora los bancos y las empresas sin un enemigo exterior? ¿Por qué nacionalizar el capitalismo si no hay alternativa al sistema?



¿Por salvar al sistema mismo? ¿Salvarlo o travestirlo?  
¿Tratar su enfermedad u optar por su metamorfosis?

El fantasma que ahora cruza Europa y el mundo entero no presenta el aspecto del monstruo revolucionario del siglo XIX, pero ¿qué puede importar su aspecto si ahora casi nada se ve? ¿Qué puede importar que la calle no se llene aún de estruendos, si el estallido («el infarto», dicen) se produce en «las arterias» (dicen) del cuerpo fundamental? Socialismo o barbarie. Nacionalización o muerte. El Estado o la Desestabilización.

En los tiempos de Keynes, ni los miembros del gobierno encargados de los gastos públicos ni el mismo Keynes habían pronosticado cuál sería la reacción de los beneficiarios de la nueva receta. Las inversiones del gobierno tenían como *finalidad* prestar una ayuda al mundo de los negocios. Pero el mundo de los negocios lo *interpretó* como un gesto de amenaza a su independencia y a su libertad. Como escribe Hobsbawm (*La era del imperio*): «El liberalismo era el anarquismo de la burguesía y, como el anarquismo revolucionario, en él no había lugar para el Estado. O más bien, el Estado como factor económico sólo existía como algo que interfería el funcionamiento autónomo e independiente de “el mercado”.»

El sistema económico era cosa de los hombres de empresa y no de las autoridades públicas, y el New Deal había penetrado bárbaramente en escena. Las normas y los valores que habían llegado a ser sacrosantos en la economía privada, se vieron sometidos a

un escrutinio que los llenó de recelos y malestar puesto que el conjunto de conceptos establecidos en relación con «los derechos de la empresa», «los derechos de la propiedad» y «la misión del gobierno» fueron puestos en entredicho. Así, en el transcurso de muy pocos años se pidió a las empresas que olvidaran sus tradiciones de preeminencia indiscutida y que adoptasen una filosofía nueva y extraña a la vez. Se les pedía que cooperasen con los sindicatos obreros, que aceptasen los nuevos reglamentos y que corrigiesen muchas de sus prácticas. No debe, por tanto, sorprender que consideraran al gobierno de Washington un gobierno hostil. Y tampoco hay que extrañarse de que en un ambiente como aquél los impulsos oficiales de acometer inversiones a gran escala se vieran refrenados por el desasosiego que el mismo gobierno sentía.

El hecho en fin es que, ahora, sin provisiones nada funciona pero con ellas tampoco. La suerte del problema es la elección de la fatalidad. Nada funciona o se mueve en su organismo y, debido a la parálisis, su bulto gravita hacia la profundidad. Cae la catástrofe con todos sus bártulos en un pozo sin suelo. Se despeñan las cotizaciones, la confianza, las instituciones, la imaginación. Y todo ello como efecto de que el carácter sobresaliente de la crisis consiste en afianzarse como tal. Afianzarse en la dureza de su carácter extraño, terne y obtuso, tal como si su encarnadura no se hallara en este o en aquel desviado modelo de conducta sino en su comportamiento igual a cero. ¿Muerto el sistema? ¿Encefalograma plano? ¿Certificado de defunción?

No se trata de que el capitalismo, en esta fase anciana, permita especular con su agonía. Se trata de que avanza de especulación en especulación, y de que supera los colapsos de desfibrilador en desfibrilador.

De la misma manera que el Dada y Duchamp acabaron con la seguridad del sistema del arte, la Gran Depresión de 1929 acabó con la seguridad del sistema económico. Más o menos desde entonces fue avanzando el tiempo de la inseguridad en todos los órdenes del valor, desde la muerte de Dios a la muerte de la filosofía, desde las persecuciones nazis hasta los pogromos, desde la amenaza policial a la amenaza terrorista. La pérdida de la seguridad dio paso a las alucinaciones, los miedos, la proliferación de los espectros, las amenazas de las apariencias, los corros de simulaciones, la inestabilidad de la creencia, la disipación de la utopía, la proliferación de los sujetos individuales, la pérdida de cohesión.

Esta suerte de desintegración de la fe, del sexo, de la cultura o de las leyes económicas, se correspondió con la desintegración de la física a nivel macro mediante el Big Bang y a nivel micro mediante la bomba de fisión. La desintegración del núcleo desencadena la energía nuclear, la desintegración nuclear de lo social llevó hace dos décadas a la acentuada pérdida de la colectividad.

Cuando la nada se hace realidad, la realidad se convierte en nada. Esta sentencia responde con exactitud al proceso que ha conducido desde la especulación al enriquecimiento instantáneo y desde el enri-

quecimiento inmediato al grado cero del dinero, la ínfima tasa de interés.

Desde una creencia sostenida se ha llegado a una ficción disparatada y de la extrema ficción a las cenizas de su orgía. El encadenamiento se representa mediante un enlace de anillos de ilusión y de desilusión que en su circularidad, en su nacimiento y extinción internos, culmina la perversa coherencia entre principio y fin. La perfección del sueño se cumple no desde la vigilia natural hacia la inconsciencia ni desde lo tangible a lo inmaterial. La perfección del delito se consume en la violencia de la irrealidad absoluta. ¿Realización de máximos beneficios? ¿Realización de formidables pérdidas? Una y otra circunstancia se funden en la corrupción de lo uno y de lo otro.

En el capitalismo actual, capitalismo de ficción, el sistema finge también incluso su propia muerte, o su largo funeral. ¿Una refundación del capitalismo para salvarlo de la sepultura? Se trataría, en todo caso, de una refundación de su imagen, puesto que el capitalismo metamorfoseado en naturaleza global no admite otra cosa que su pervivencia o el caos. El paso del sistema capitalista al capitalismo de la ficción conlleva la ausencia de una auténtica estructura física a reformar («todo depende de la confianza», se dice; «el optimismo», «la actitud» resolverá). Todo el edificio capitalista se sostiene en la eficiencia de su «ánimo» y no tanto en la firmeza de sus postulados, cada vez más inestables o derrengados. De haberse sostenido en sus pilares fundacionales, el capitalismo habría derivado en un sistema mostrenco y si ha pervivido y traspasa-

do la totalidad del planeta ha sido gracias a convertirse en un elixir muy volátil, un veneno atmosférico inseparable de la política, la religión, el crimen, la pornografía, la diversión y el arte. Todo es, para bien o para mal, humanamente capitalismo. Una totalidad transparente donde habitan los sueños, los niños, la música y el cáncer.

¿Final del capitalismo? El capitalismo hace años que ha dejado de ser un sistema determinado y sus condiciones forman parte de la condición misma de la Humanidad. Si estuviéramos asistiendo a la muerte de un sistema determinado se abriría la ocasión para probar con otro u otros más. El funeral del capitalismo es sin distinción el fin de una época, puesto que lo fracasado no es un orden de desarrollo económico o social sino el desarrollo del orden conocido.

De este modo, toda respuesta a la situación por venir adquiere caracteres absurdos. El organismo que se hallaría en trance de aparecer no se parece a nada. Las medidas que se toman, tan parecidas al cuerpo que quieren sanar, no son otra cosa que la expresión de una triste redundancia, las provocadas repeticiones del moribundo ante su fin, las convulsiones iguales del animal que con la pretensión de respirar dibuja los estertores de su defunción y que buscando acaso incorporarse acentúa el fracaso de su corporeidad.

¿Será, pues, la crisis la defunción? ¿Es el paciente un cadáver que ya no anda, no oye, no reacciona a ninguna estimulación? ¿Será entonces, en la inminencia de su muerte, cuando su engranaje adquiera una

nueva dirección? ¿Será el caso de que la solución no deba buscarse en solventar esta crisis sino en permitir su empecinamiento mineral?

Más o menos, los optimistas piensan que este hundimiento del sistema, este fracaso sistémico, acabará con el Sistema. Después, un soleado mundo social y económico abrirá sus puertas. De este modo se configuraría casi biológicamente la nueva utopía del siglo XXI y, a diferencia de aquellas que poblaron el siglo XIX y el XX, no sería obra de un movimiento, una militancia o unas recias vanguardias revolucionarias, sino que la transformación vendría tras el paso por la extrema quietud, el paro absoluto.

El sistema entonces craquelaría, se haría pedazos no tanto como resultado de una presión subversiva ni por la violencia de una fuerza exterior, sino como resultado de la fractura de su propio organismo, que, reseco, falto de toda liquidez, iría generando cenizas, polvo difunto que nunca más volvería a hacer crecer.